



NIEVE
EN LA
SANGRE

ARANTXA
COMES

Nieve en la sangre

© 2024, Arantxa Comes

Autora representada por IMC, Agencia Literaria, S.L.

© 2025, Editorial del Nuevo Extremo S.L.

Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España

Tel (34) 930 000 865

e-mail: info@dnxlibros.com

www.dnxlibros.es

Diseño e ilustración de cubierta: ©Javi Araguz

Mapa de Magva: ©Andrés Aguirre, 2025 (@aaguirreart)

Detalles interiores: ©Vecteezy

Maqueta e iconografía: Iguazel Serón

Primera edición: marzo de 2025

Edición: Iguazel Serón

ISBN: 978-84-19467-52-2

Depósito legal: B 20462-2024

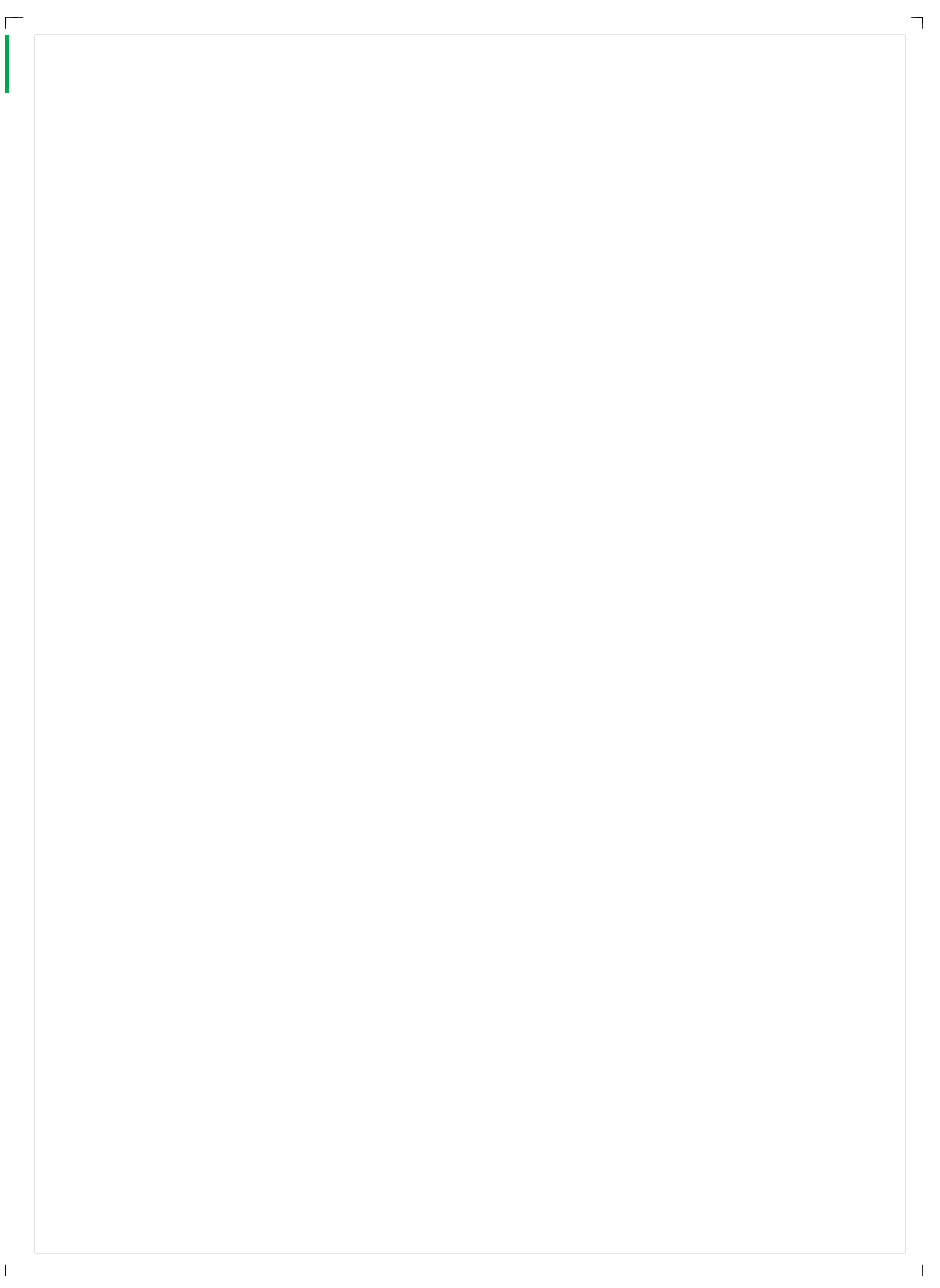
Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

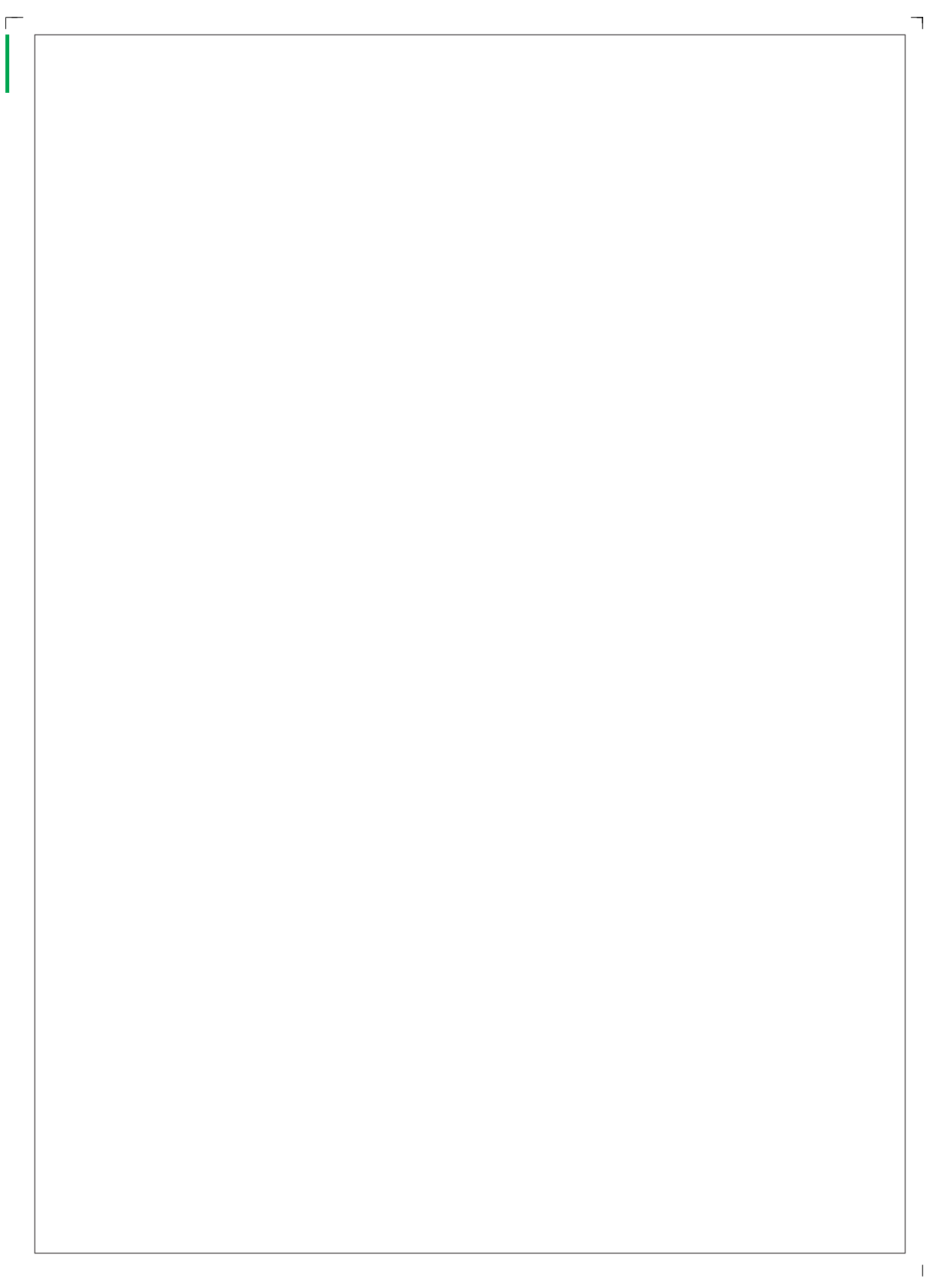
NIEVE
EN LA
SANGRE

ARANTXA
COMES

dN^{YOUNG}
DULT

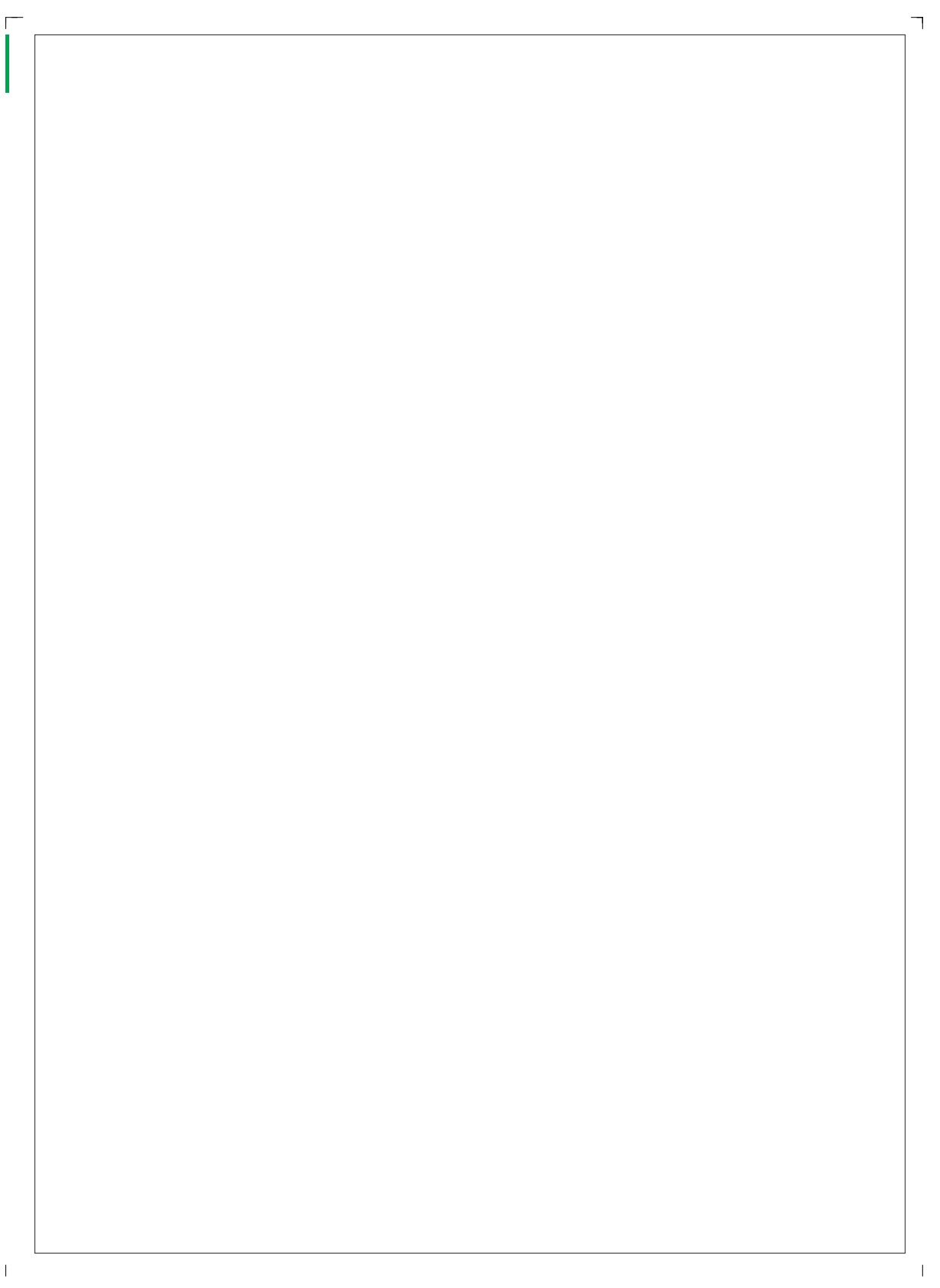


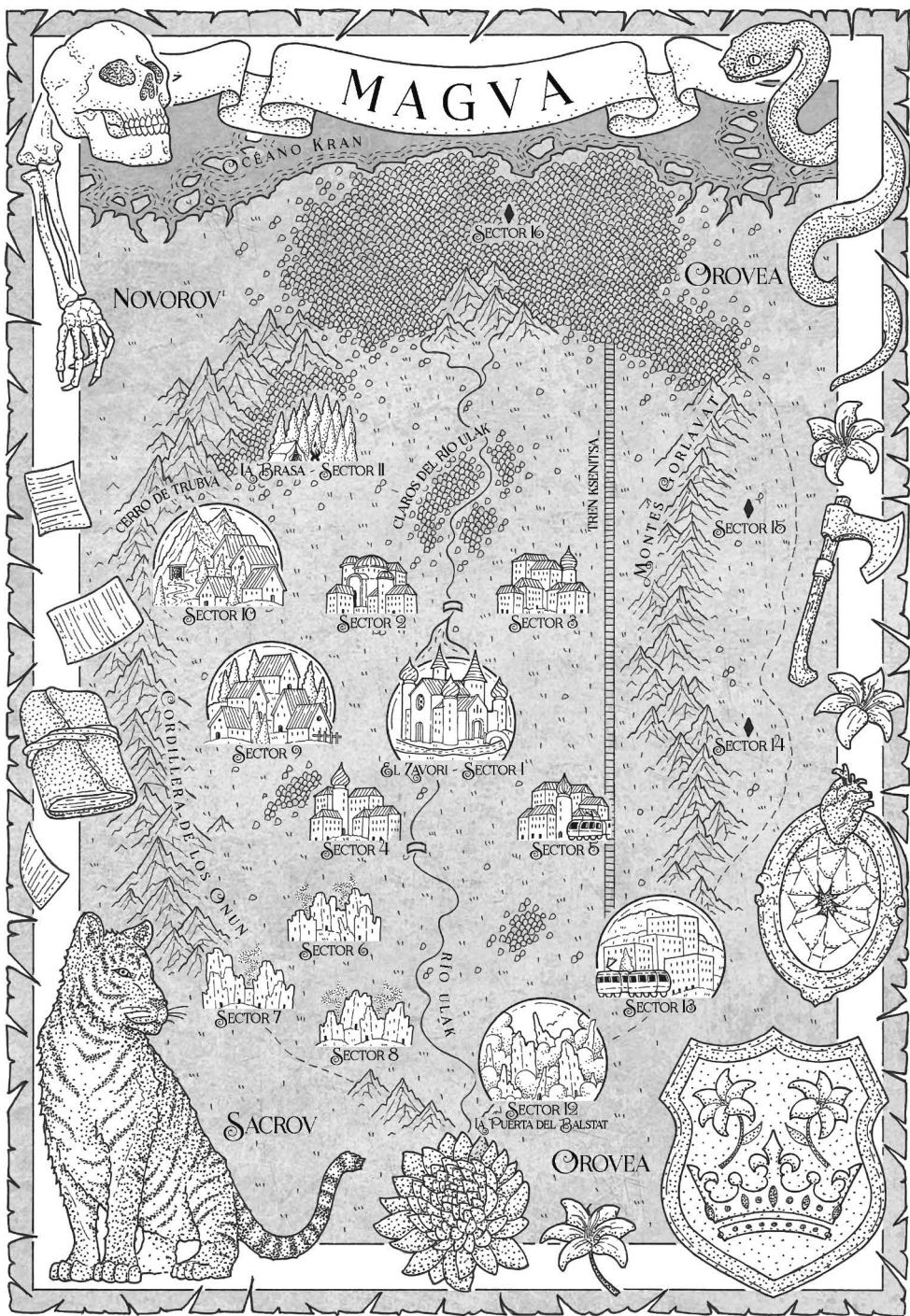
*A mis hermanas, Elena y Paloma, por no dejar que me pierda.
Cerca o lejos, siempre seréis mi camino de regreso a casa.*



*This is what you asked for,
heavy is the crown.
Fire in the sunrise.
Ashes raining down.
Try to hold it in,
but it keeps bleeding out.
This is what you asked for,
heavy is the...
Heavy is the crown!*

—*Heavy is the crown*, Linkin Park.





MAGVA

OCÉANO KRAN

NOVOROV

OROVEA

SECTOR 13

CERRO DE TRUBVA

LA BRASA - SECTOR 11

CLAROS DEL RIO ULAK

TREN KSENTISA

MONTES CORLANAT

SECTOR 15

SECTOR 10

SECTOR 2

SECTOR 3

SECTOR 9

EL ZAVORI - SECTOR 1

SECTOR 14

CORILLERAN DE LOS ONIN

SECTOR 4

SECTOR 5

SECTOR 6

SECTOR 13

SECTOR 7

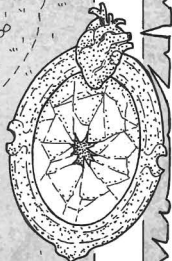
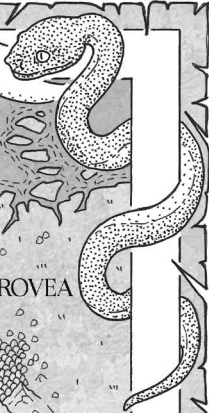
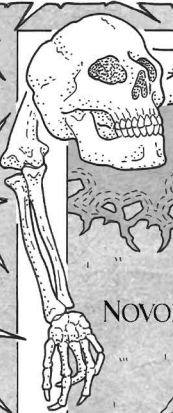
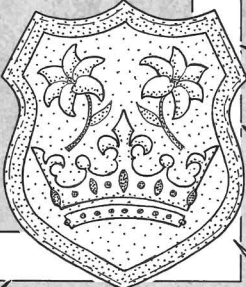
SECTOR 8

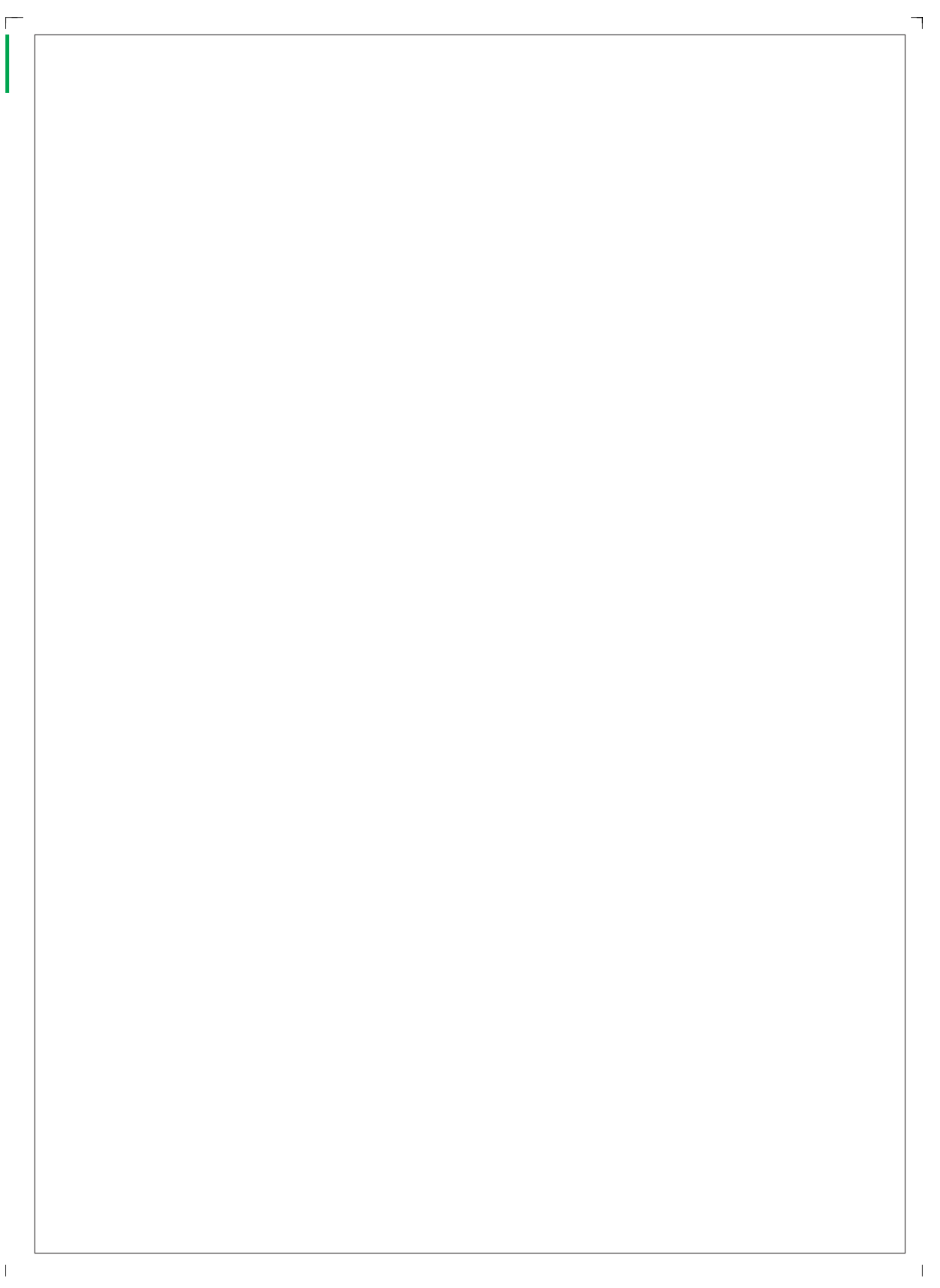
RIO ULAK

SECTOR 12
LA PUERTA DEL BALSTAT

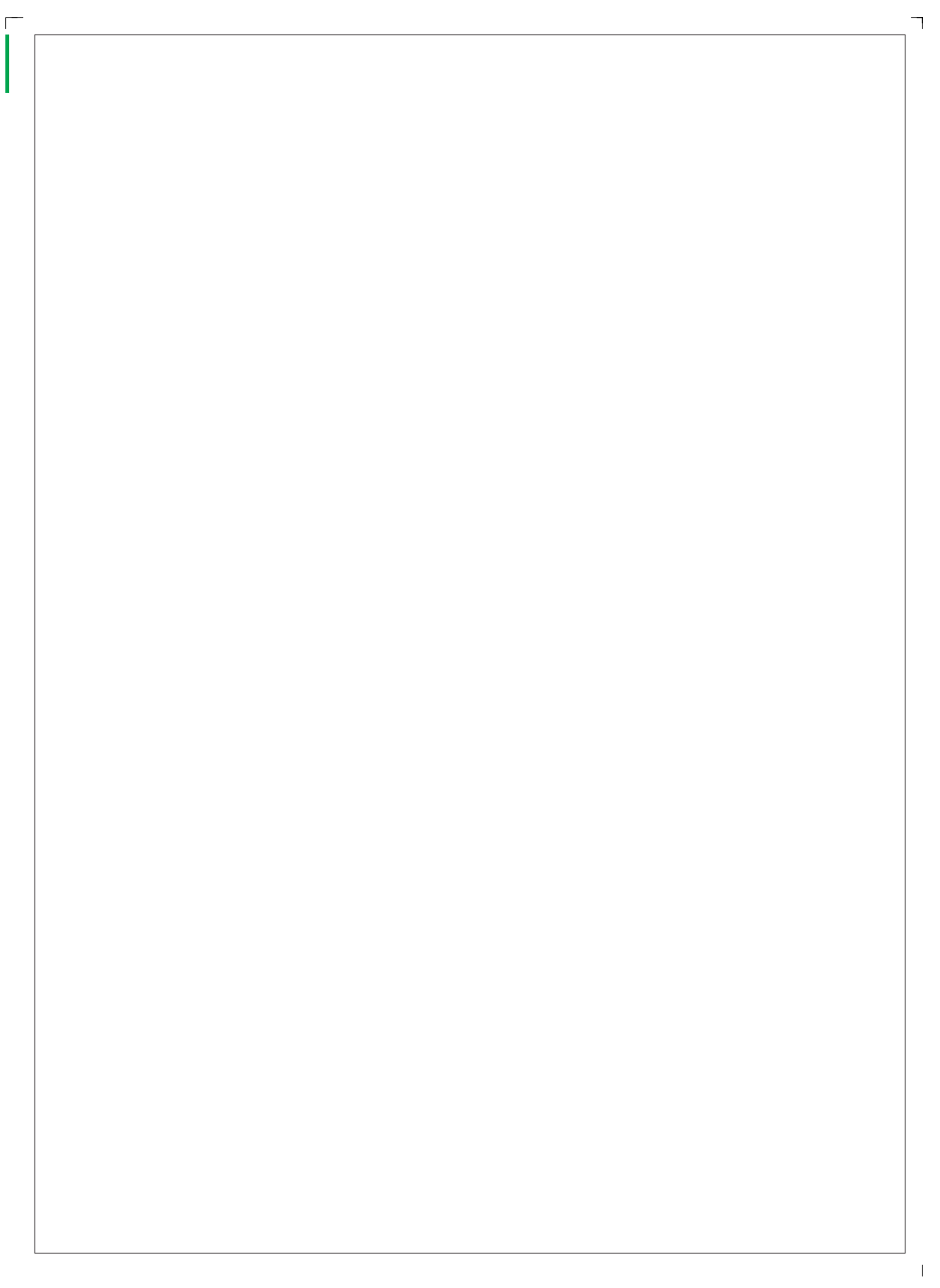
SACROV

OROVEA





PRIMERA
PARTE
POR EL PASADO





CAITLAN

Carta n° 12.

No me preocupa mi última voluntad si renace en otro cuerpo. Espero que esto no sea lo último que leas de mí. He visto el horror en el siguiente amanecer. Lo sé. Voy a morir.

El fuego de Caitlan de Once no derrite la nieve, pero se alimenta con sus ansias de venganza. Una racha de viento aúlla con violencia y le escarcha las pestañas, aunque sus ojos apenas se aprecien bajo la capucha. El día ha despertado con el llanto de una pérdida, demasiado frío en un otoño demasiado extraño.

Bajo sus pies, el barro congelado restalla a la vez que una rama. ¿O ha sido un gruñido? Caitlan alza un brazo para detener al grupo de inspirafuegos que avanza a través de las altas y espesas coníferas. Por un segundo, se permite imaginar el origen de ese ruido. Quizá porque descubrir a cierta tigresa arañando toda esa tierra blanca le devolvería la esperanza. Sin embargo y en efecto, solo ha sido una rama.

Están a punto de salir del Sector 11, un bosque inmenso al noroeste de Magva. Caitlan casi percibe cómo su sangre tira de ella hacia atrás, de vuelta al interior de ese refugio que la reclama como hija. Y es que, en cuanto crucen su límite, dejarán de estar protegidos por esos árboles que atacan a cualquier criatura que se adentre allí sin estar hecha de fuego.

Los campamentos de inspirafuegos no son un mal lugar donde vivir, aunque nunca se asienten fuera del Sector 11, ni permanezcan siempre en la misma ubicación. Cada cierto tiempo, se desplazan a una zona diferente del bosque por si acaso. Nómadas en su propio hogar. Por eso, a veces Caitlan siente el suyo como una prisión. Escondidos allí dentro, son los monstruos que los héroes vencen en cada cuento. Criaturas con aspecto humano que nadie cree humanos.

Y es cierto: lo son y, en el fondo, no.

—No han encontrado a tu hermano, Caitlan —le comunica Akuna. Una lechuza albina sobrevuela sus cabezas de regreso al campamento tras entregar ese mensaje.

—Claro que no.

Porque Hedeon no está ahora mismo en la Brasa, como muchos llaman al Sector 11. Caitlan lo tenía claro y, aun así, los nervios le crepitan. Se quita la capucha y respira hondo, tanto que acaba exhalando una bocanada de vaho ardiente. Enseguida lo nota bajo el pecho: sus pulmones son algo más que órganos. Son armas que crean un fuego capaz de treparle por la garganta y calcinar sus labios y el bosque entero y a Hedeon de Once, allá donde se encuentre.

Intentando no perder el control, añade:

—Entre nosotros y el Sector 10. Cerca de la Cordillera de los Onun. Ahí está nuestro objetivo y ahí estará mi hermano.

Sin más palabras, traspasan la linde que los despoja de la protección del bosque y salen al exterior. Kilómetros y kilómetros de nieve yerma. El sol es un resplandor molesto tras la cúpula de nubes que cada día encapota el cielo. Caitlan parpadea y la escarcha en sus pestañas se funde sobre sus pómulos. En cambio, en su corazón resisten demasiadas cosas. La desesperación y la tristeza, la soledad y el miedo, porque la paz que se extiende ahí fuera solo es un engaño: nadie se libra de la guerra que consume el antiguo Principado de Magva desde hace diez años.

Tardan poco en alcanzar un punto concreto frente a la Cordillera de los Onun, una dentellada infinita de piedra que

hace frontera con el país de Novorov. En esa pequeña área a sus pies, los pinos ensombrecen el terreno con un verde oscuro casi negro, apenas espolvoreados por el blanco algodonado de la nieve.

Es el rincón perfecto para perderse. Para ocultarse de otros.

—Envía a Yuetand —le pide Caitlan a Nodra, que aguarda a su izquierda.

Y Nodra silba una melodía que la ventisca transporta entre el Sector 10 y 11. Quince segundos más tarde, un imponente tigre magvadí aparece a lo lejos. De primeras, a Caitlan siempre le cuesta contemplarlo. Le recuerda demasiado a aquella tigresa y a su compañero que ya forman parte de un pasado irrecuperable.

Su pasado.

Yuetand, pelaje naranja a franjas negras y ojos atentos, corre hacia los pinos con el lomo tenso, en busca de una presa muy específica. Los cinco se colocan en fila horizontal, observando cómo el animal se adentra en esa arboleda muy distinta a la Brasa. El silencio nunca les ha molestado, es un familiar más en los campamentos de inspirafuegos. Sin embargo, hay una nota nerviosa en todos ellos, porque queda poco para la celebración del siguiente Volgorad y, por primera vez, no han dudado en señalar a su víctima.

Caitlan se mantiene firme. Ni siquiera se mueve para apartarse el cabello pelirrojo del rostro, azotado por el viento. Tampoco mira a sus amigos. Se prepara mentalmente porque, en cuanto Yuetand regrese, deberá enfrentarse un día más al enemigo en el que su hermano confía una y otra vez.

El tigre reaparece entre los pinos. Luego se detiene, a la espera. Casi al mismo tiempo, una columna de humo señala una posición en medio de toda esa vegetación sin alma.

—Vamos —indica Akuna, y echan a correr.

Se reúnen con Yuetand antes de internarse en lo inhóspito. Persiguen un rastro, el mismo que empieza en su hogar

y muere en el centro de ese pinar. Cuando distinguen el contorno de una cabaña, aminoran la marcha, acompasando sus movimientos a los del tigre. Se aproximan poco a poco. No hablan. Anticiparían su presencia y hace mucho que dejaron de ser unos novatos en ese tipo de misiones.

De pronto, el ruido de un forcejeo y un grito contenido escapan del interior de la cabaña. Caitlan mueve un índice en círculos y después le indica a Nodra que la siga. Con decisión, se dirige a la puerta principal y la abre de una patada. El hedor la abofetea, pero es la angustia lo que está a punto de hacerla llorar. No debería haber creído que todas las atrocidades que ya ha visto aliviarían la impresión: hay varios inspirafuegos tirados en el suelo, sus bocas llenas de espuma, sus ojos tan abiertos que no se aprecian los párpados, su sangre salpicando techo y paredes. Los culpables de tal carnicería son dos y están peleándose, aunque solo uno repara en ellas:

—¿Caitlan?

Sin embargo, Caitlan ignora a su hermano pequeño y le asesta un puñetazo al supuesto curandero de inspirafuegos que intenta estrangularlo, a horcadas sobre él. Cuando el hombre cae a un lado, le propina una patada en el vientre para evitar que contraataque. Entonces sí, le dedica una mirada afilada a Hedeon:

—¿Por qué lo has hecho?

Mientras Nodra se encarga de retener al enemigo, Hedeon hace ademán de incorporarse, pero desiste en cuanto Yuetand entra, hundiendo las garras en la madera podrida y gruñendo con los colmillos a la vista.

—Iba a salvarnos. Este sí. Te lo juro, Cait.

—Me prometiste que no volverías a hacerlo, pero los has traído hasta aquí y ahora están muertos. Eres... eres...

Caitlan rebusca en los iris castaños de Hedeon, por desgracia, tan similares a los suyos. Da igual cuánto lo intente, jamás encuentra ni una pizca de lo inocente y bondadoso que un día fue. Y es porque esa realidad la asfixia, porque se arrancarían los

ojos para que nada los atase, que se lanza sobre su hermano con un grito desesperado. Solo consigue agarrarlo de la chaqueta: Akuna y Dallan, que han irrumpido alertados por las voces, los separan enseguida.

—Vosotros también estáis hechos de fuego maldito —susurra el falso curandero, inmovilizado con varias cuerdas en una postura incómoda. Aun así, está delirantemente eufórico por encontrarse ante otro grupo de inspirafuegos—. Puedo curaros. He salvado a los vuestros. —Observa los cadáveres con una satisfacción repulsiva.

—Pensaba que era un curandero auténtico —le insiste Hedeon a su hermana mayor, arrodillándose. Tiene los mechones pelirrojos tan sucios que parecen tinta reseca contra su rostro tostado y pecoso—. Que te sanaría a ti, y a mí, y a todos. Por fin.

Se muestra desvalido, pero Caitlan ya se ha tragado esa pose en demasiadas ocasiones.

—Sacadlo de aquí.

—¡No! —La voz de Hedeon se agarrota y se transforma en algo muy diferente. Un bramido que rompe su máscara—. ¡Joder, Caitlan, díles que me suelten! ¡Los mataré! ¡Te mataré!

Akuna y Dallan lo arrastran al exterior, escoltados por Yuetand. Solo Caitlan y Nodra permanecen junto al falso curandero. No importa a cuántos hayan eliminado, cada vez son más. Humanos que se aprovechan del miedo y el rechazo arraigado hacia los inspirafuegos para montar su trampa: los convencen de que su poder es una energía corrupta que, sin embargo, ellos pueden limpiar para atraerlos fuera del Sector 11 y exterminarlos.

Una mentira que Hedeon acabó creyéndose hasta el punto de colaborar con sus propios asesinos.

—Purgaré vuestra enfermedad y os transformaréis en vástagos del dios Tierra —declara el falso curandero—. Muertas pero libres...

—Que arda —ordena Caitlan entre dientes.

Solo entonces el hombre es consciente de la clase de final que le espera. Su soberbia queda sepultada por el terror a morir de la más dolorosa de las maneras. Empieza a desgañitarse, retorciéndose en el suelo como una culebra lo haría atrapada dentro de un círculo de fuego. Y eso que no está quemándose. Todavía.

A veces los humanos olvidan que los inspirafuegos son los únicos que pueden resucitar de sus cenizas.

Nodra inhala profundamente y su garganta se convierte en una chimenea incandescente. Desoyendo los ruegos de ese hombre que caza y mata inspirafuegos bajo la engañosa promesa de curarlos, expulsa una llamarada por la boca que impacta de lleno contra él.

Luego salen y Caitlan contempla cómo la cabaña se convierte en un punto rojo entre el verde de los pinos y el blanco de la nieve. El fuego en ellos es más poderoso y violento que el de la naturaleza. Arrasa con una rapidez inaudita y, cuando ya ha devorado hasta el último cimiento, Akuna, Dallan y Jaleg se acercan para apagarlo. Respiran las llamas como si fuesen oxígeno. Estas se enroscan, abandonan la madera, menguan en el aire y regresan al interior de sus cuerpos. Un minuto después, solo quedan escombros humeantes y ennegrecidos.

Al son de los gritos de Hedeon, que ahora protesta por la desaparición de un falso curandero más, escarban entre los restos y recogen las cenizas de los inspirafuegos fallecidos. Según las enseñanzas del lussai y el megon, revivirán a partir de ellas. No en cuerpo, pero sí en alma. Y Caitlan se aferra a esa creencia, aunque perdiera la fe hace mucho.

Hoy vuelve a necesitarla porque la venganza aún no le ha dado ningún tipo de paz.

—Regresemos a casa.



ECHO

Documento confidencial E.

La misión, aceptada por [REDACTED] y [REDACTED], sigue su curso. La frontera con [REDACTED] está despejada. La salvación de [REDACTED] es inminente.

Echo de Trece no es libre por mucho que viaje. Sí, trabaja en el Ksenitsa, pero el inicio de la guerra destruyó gran parte de sus vías y pronto se transformó en un tren con dos únicas direcciones: de norte a sur y de sur a norte, a través de la zona oriental de Magva. Un solo carril sin desviaciones. Los mismos horizontes, las mismas sensaciones, la misma nada. En bucle.

Las piernas le cuelgan por el balconcito del último vagón en el que se ha sentado a desayunar. No le asusta la alta velocidad. El viento y el vértigo sacudiéndola por fuera y por dentro. De hecho, si cierra los ojos y abre los brazos, puede imaginarse volando lejos de allí.

A su alrededor, los cascotes de un pueblo que no resistió al conflicto son los vestigios del antiguo Principado. Echo ni siquiera recuerda cómo se llamaba. Olvidar el pasado en Magva es fácil porque los Clanes se aseguran de ello. Son conscientes del poder que tiene la memoria. Por eso, tras asesinar a la familia real hace diez años y dar comienzo a la guerra, lo primero

que hicieron fue repartirse el control del territorio y reestructurarlo en dieciséis sectores sin nombre.

Su nombre. Es de lo poco que le queda por perder a Echo. Los Clanes, por supuesto, ya le arrebataron su apellido. Como a todos. Cada habitante magvadí está obligado a identificarse con el número del sector en el que vive.

—Esas gachas tienen un aspecto terrible —dice alguien a su espalda.

—Mmm.

—Y encima vas a enfermar.

Mazie le cala un gorro de lana gruesa hasta las cejas y Echo se gira hacia ella, hinchando los carrillos llenos de comida con una sonrisa.

—¡Trágatelo, cochina! —ríe su hermana pequeña, vestida con el uniforme de auxiliar, pese a que el Ksenitsa no está transportando pasajeros en ese momento.

Al menos, no pasajeros que ocupen sus asientos oficialmente y contemplen por la ventana los restos de Magva mientras viajan a los pocos lugares donde aún está permitido llegar. En las vísceras del tren, cálidas y sofocantes, se esconde un grupo de exiliados esperando la parada que los conduzca a la libertad.

Mazie juguetea con uno de esos billetes que deben destruir en cuanto los pasajeros sin identidad se los entregan. Un papel mal recortado en el que está cuñada la silueta de un crisantemo azul, el mismo que todos los trabajadores del Ksenitsa llevan tatuado en alguna parte del cuerpo.

Un compromiso que salva, aunque no a ellos.

—¿Qué haces?

—Desayunar.

—Aparte.

—Desayunar.

—O envenenarte —cede Mazie porque la testarudez de Echo es insoportable y puede volverse infinita—. Las gachas no deberían oler a jengibre.

—Las he cocinado sin receta.

—Búscate otra afición.

—No necesito ninguna afición.

Echo solo necesita recordarse minuto a minuto que debe ser la herramienta del resto para que sobrevivan. Su vida no es relevante, es útil, y si muere intentándolo será lo más cerca que esté de haber conseguido la libertad.

—He preparado té. ¿Es suficiente para que entres?

—No hay suficiente té en el mundo para un día como hoy, Mazie.

Un día más en el que descendería de ese tren en marcha y correría sin mirar atrás, aunque se partiera las piernas y el amanecer que ya empieza a desgarrar el horizonte la abrasase con sus rayos. Sin embargo, ahí va el enésimo recordatorio: su libertad es un deseo ingenuo y las herramientas sirven, no viven.

—¿Y si te pongo ojitos? —Mazie finge sorberse los mocos con el labio inferior hacia fuera, velando sus enormes ojos verdes con un pestañeo exagerado.

Por fin, a Echo se le escapa una risotada. Sus comisuras se estrechan y estrechan la tristeza hasta convertirla en un pliegue más de su piel.

—Va, entro si no vuelves a poner esa cara de pirada.

—¿Pirada yo? Serás...

Echo escapa hacia el interior y Mazie la persigue. Sus zancadas al atravesar los vagones del Ksenitsa las hace evocar la felicidad del pasado, cuando eran pequeñas y su familia todavía estaba unida. Cuando cabían bajo los sillones, en los escondites de los crisantemos exiliados e incluso dentro de los maleteros. No les importaba sudar, aguantar la respiración, tan inmóviles que parecían diluirse en ese mundo cruel. En aquel entonces, no deseaban desaparecer de Magva y, sin embargo, resultaba más sencillo que ahora.

Entran en el décimo vagón entre empujones y cosquillas, la ropa de abrigo a medio quitar y las risas estallando con el

ruido del motor. Callan de golpe al encontrarse con Thona, Lanai y Tafari. Están escuchando la radio, sentados en uno de los sofás tapizados de morado oscuro. Los ceños fruncidos y unos téis calientes sobre la mesa entre ellos.

—*Nueva información...* —Interferencia—. *Los Aulladores han perdido posiciones...* Pierden... —Interferencia—. *Sacrov y sus efectivos...* Pierden...

La voz se fragmenta con otra interferencia, esta más larga y agonizante. Echo traga saliva, deseando que ese ruido prolongado en la retransmisión dé paso una vez más al informador. Pero, al final, muere la voz, muere el ruido y el Ksenitsa continúa su camino, lejos de la batalla que persiste en el suroeste de Magva desde hace tres años.

—Debemos... —empieza Echo.

—No —la interrumpe Thona, tajante. La mujer advierte sus intenciones al instante. Esa réplica, casi una súplica, que reitera desde que su madre y su abuela desaparecieron.

—Sacrov ha ganado posiciones. ¡Debemos acudir al Sector 12!

—Echo, no insistas.

—Quizás haya una posibilidad si vamos y contactamos...

—No arriesgaré tu vida por permitirte llevar a cabo semejante incursión, ¿me oyes? —A la jefa del Ksenitsa le brilla la mirada de un modo amenazador. No porque sea violenta, sino porque ha visto demasiado y no está dispuesta a repetir los mismos errores. Ni a tolerar que nadie vuelva a cometerlos.

—Mi madre y mi...

—Natasha y Lenora no desaparecieron. Se fueron por un motivo que desconocemos. Lo sabes. Tienes las pruebas dentro de un baúl en tu compartimento.

—El príncipe Iziamir III las destinó a Sacrov para reforzar su alianza con Magva y luchar contra los Clanes desde allí.

—Eso deduces tú.

—Mi padre...

—¡Ni se te ocurra mencionarlo! —El grito de Thona los sobresalta a todos. Mazie tira de la manga de su hermana mayor, mientras que los mellizos kázaros, Lanai y Tafari, clavan sus ojos oscuros en los tés—. ¿Quién manda aquí, Echo de Trece?

Thona de Trece.

Ese es un golpe obvio.

—¿Te recuerdo qué ocurrió la última vez que me desobedeciste y decidiste actuar por cuenta propia?

Y ese es un golpe bajísimo. Echo suelta un suspiro ahogado, los puños tan cerrados que duele. Lo peor es que su jefa tiene razón: su madre y su abuela no se marcharon sin más, su padre es un traidor y el Sector 12 es tan peligroso como la batalla que se desenvuelve cerca de él entre Sacrov y algunos Clanes.

—Kian te espera en el cuarto vagón. Casi hemos llegado al Sector 5. Ve a prepararte.

Thona de Trece no es mala, es estricta, y Echo de Trece no es indisciplinada, es imprudente. O tal vez sí sea ambas. En Magva, no se puede sobrevivir de puntillas.

Equivocada o no, Echo agacha la cabeza y se marcha del vagón. Ni Mazie ni los mellizos kázaros la siguen. Saben que poco pueden hacer cuando aparta algo más que la mirada. El corazón. Aun así, un murmullo interno y malicioso retuerce sus pensamientos. Sisea que todos la dejan al margen o se alejan de ella porque se equivocó. Por aquel error imperdonable. Por la masacre que convirtió el Sector 12 en un lugar inhabitable de tierra estéril y gases infectos.

No fue su culpa. Al menos, no eso último.

El tren da un ligero bandazo, aunque Echo no pierde el equilibrio y, antes de alcanzar la puerta, el cuarto vagón se abre. Bajo el dintel, aparece una sonrisilla traviesa y una ceja enarcada. Kian. El chico se cruza de brazos, sus tatuajes a la vista porque todavía no se ha puesto la chaqueta de vigilante sobre la camiseta térmica de manga corta. Después apoya un costado en la jamba para observarla con más detenimiento.

—¿Me dejas pasar o qué?

—¿Estás refunfuñona?

—Refunfuñona es un adjetivo estúpido y no describe para nada cómo me siento ahora mismo.

Restarle importancia a las cosas es un mecanismo que Echo siempre usa para que sus emociones no se desgarran, llamen a las lágrimas y la postren ante la única verdad en la que cree: es una inútil, su mundo es diminuto y ella no puede agrandarlo a la fuerza. Sin embargo, esta vez no lo logra, aunque antes haya reído con Mazie. Esta vez no lo logra, aunque Kian la mire con esos ojos azules que hace tiempo la atravesaban sin vergüenza ni permiso.

—He escuchado la retransmisión del Sector 12.

—No me apetece hablar de ello.

Y es cierto. No lo soporta más. No en una mañana como esa, a punto de enfrentarse una vez más a sus enemigos.

Echo abre uno de los armaritos de ese vagón repleto de muebles metálicos y mochilas que guardan todo tipo de armamento, utensilios de defensa y material sanitario. Al igual que la miraba Kian, ella también se desviste sin vergüenza ni permiso. Cae el gorro, la chaqueta, el jersey, la camiseta térmica. Pese a la calefacción central, la piel se le estremece, no por el frío que empaña las ventanas desde fuera, sino por la voz apacible del chico que, aun estando a tres pasos, le acaricia el cuerpo como antes se lo acariciaban sus manos:

—Te acompañaría, lo sabes.

—Necesito más gente —Echo intenta quitarse un apósito en la parte baja de la espalda—, lo sabes.

—Refunfuñona.

Kian se acerca y, acostumbrado a no tener que preguntar, se lo quita, rozándole la piel con las yemas, tentando esa distancia que se prometieron respetar.

—¿Quién te ha hecho esto? —Ahora la voz de él le aterrizaba sobre el hombro desnudo.

—Fue en un entrenamiento. —Echo no miente, pero tampoco le confiesa lo mucho que se machaca a veces intentando sacarse el dolor a puñetazos.

—Hace una eternidad que no nos adiestramos con ejercicios que puedan herirnos así. ¿Estás bien?

¿Bien? Nunca. Sin embargo, Echo no responde y le tiende un apósito nuevo con el pulso trémulo por el nerviosismo, el escozor de la herida y la nostalgia. Es una mezcla explosiva que encuentra un alivio inmediato cuando Kian se lo coloca con suavidad, esta vez tocándola con menos sutileza. Es lógico echarse de menos, ¿no? Y los besos en los vagones vacíos, y los dedos bajo la ropa interior, y los gemidos entre las mismas sábanas. A fin de cuentas, se siguen queriendo. No como hace unos meses, pero con idéntica fuerza. Además, Kian fue la última persona con la que Echo se acostó y empieza a notar la falta de sexo.

—Sé que odias que te lo diga, pero debes ser paciente —murmura el chico. Con un mano, recorre la trenza rubia que se desliza por la espalda desnuda y pálida de Echo.

—Hasta que el tiempo se canse de mí.

Él no le rebate con la misma cantinela de siempre. Esa sobre que el tiempo no se cansa de las personas, sino que son las circunstancias las que tornan la vida tan implacable. Pero no es lo que ella quiere escuchar, así que Kian se aparta para que pueda vestirse con el uniforme de los vigilantes del Ksenitsa. Uno de corte más militar que el de los auxiliares u operarios: chaqueta entallada y morada (el color de la dinastía Yaromir), con un crisantemo azul bordado en la espalda, pantalones tácticos a juego y botas negras.

—O yo me canse de todo —añade Echo, abriendo un baúl para sacar una escopeta. No la de su madre. Esa está a buen recaudo en su compartimento.

—Joder, no le desearía a nadie verte decir algo con un arma en la mano.

—Y yo no le desearía a nadie tu mala puntería, Kian de Trece.

—¡Auch!

—Te lo mereces.

—Si te pido perdón de rodillas, ¿me dejarías...?

Pero entonces el intenso sonido del silbato retumba en el vagón. Se miran a la vez que los mellizos kázaros entran, también con sus uniformes de vigilantes y armados.

—Estamos listos —informa Tafari con unas gafas de piloto en la cabeza.

—Hagamos que las Ruinas se caguen de miedo en sus huesos. —Lanai infla una pompa de chicle, la explota y la recoge con los dientes.

—Cuidado, ¿vale? —avisa Kian, lanzándole un vistacito más que intencionado a Echo. Ella alza las manos, aunque a su amigo le sobren razones para desconfiar de su impulsividad—. Ya hemos tensado bastante nuestra relación con las Ruinas.

El segundo Clan más importante de Magva y el que controla las reservas de combustible y sus impuestos. Pese a que no fueron ellas quienes asesinaron a la familia real, son letales y selectivas con sus miembros. Dominan parte del Sector 6 y todo el 5, donde se encuentra una de las paradas de tren y el único punto de repostaje ferroviario. El *Ksenitsa* no tiene más remedio que pagar si desea seguir funcionando, y los Clanes nada desean más que convertirlo en un cadáver de frío metal. Al fin y al cabo, fueron ellos quienes le adjudicaron su apodo: *Ksenitsa*, «parásito» en magvadí.

El tren frena con un chirrido y los vigilantes descienden al andén. El Sector 5 se presenta como solo lo hacen aquellos que forman parte de la capital del pequeño y extinto Principado de Magva. Opulento y magnífico. Los edificios bellos y ordenados. Los colores vibrantes de las fachadas y las cúpulas bulbosas. La modernidad en las calles y la elegancia de los interiores. Fueron los Clanes más influyentes quienes se apropiaron del centro del país y reconstruyeron todo lo que no resistió al caos con ayuda de sus partidarios. Gente cuya única

ideología es el dinero. Si hay alguien que pueda permitirse tal nivel de vida sin estar de acuerdo con ninguna facción, Echo tiene claro que calla por pura subsistencia.

Allí es como si la realidad se hubiese congelado justo antes del sangriento final de la dinastía Yaromir. Y Echo lo odia. Toda esa calma y prosperidad solo es una ilusión más en esa guerra fría.

—Mazie ya ha avisado a los crisantemos —les comunica Thona—. Yakov y los demás están acompañando a Alenka al punto de repostaje.

Yakov y los demás, vigilantes. Alenka, su hermana mediana y la operaria encargada de asegurar el repostaje. Echo odia esos días, cuando ni siquiera se atreve a mirarla, temiendo que lo siguiente que vea de ella sea su cuerpo inánime por no haber sobrevivido a la ira de un Clan.

Obtener combustible para el Ksenitsa es necesario. Mantener a raya las ansias de violencia de Imrit, líder de las Ruinas, es vital.

—Pies de plomo, ¿de acuerdo? —musita Thona cuando varias Ruinas aparecen en la calle que conduce a los deteriorados andenes.

La moda en los Clanes marca su identidad y, además, es una muestra inequívoca de su autoridad. Por eso las Ruinas, todas mujeres, visten tejidos decorados con piezas rutilantes que imitan el esqueleto humano. Nara, la segunda al mando, lleva una caja torácica de plata y perlas alrededor del torso. Algunas cubren sus rostros con cráneos bañados en bronce; pero Imrit es quien destaca, su larga melena tan oscura como su vestido ceñido. Enganchada a su espalda, una columna vertebral de oro termina en una cola que desliza por el suelo y la transforma en una depredadora feroz.

—Os echaba de menos, Treces —ronronea la líder, afilados hasta los pómulos.

—Debemos ponernos en marcha cuanto antes —responde Thona, igualando la dureza de su tono.

—¿Ni un triste saludo, Thona? No, no. —Imrit finge decepción con los ojos grises bien abiertos y ensartados en todos ellos—. Siempre acudís armados. ¿Dónde quedó vuestra cordialidad?

—Con la muerte de la familia real —le espeta Echo, incapaz de callarse, de no gruñir incluso cuando su jefa se gira para reprenderle tal provocación con una sola mirada.

—No te creía una fiel a los Yaromir, Echo de Trece, el parásito dentro del parásito.

Echo da un paso al frente, pero Kian la detiene extendiendo un brazo. Él y su jefa hacen bien en desconfiar de su impulsividad y sus pies de plomo, pues tiene mucho de lo uno y poco de lo otro.

—Harías grandes cosas con nosotras —continúa Imrit, más que encantada de agotar su paciencia—. Tal vez un día te raptemos. A partir de ahora, mira bajo tu destartalada y solitaria cama antes de dormir. No me gustaría asustarte... más.

Las Ruinas se ríen, pero no es agradable. Sus carcajadas chirrían igual que las piezas más oxidadas del Ksenitsa.

Entonces Nara le susurra algo a Imrit y esta sonríe con más voracidad.

—¿Por qué tenéis tanta prisa?

—Llevamos pasajeros que quieren llegar puntuales al Sector 3 o a los caminos que conducen a los Claros del río Ulak.

—¿Un pícnic con el frío que hace hoy? Podríais recomendarles otra actividad. A no ser que...

Durante unos segundos, de sus bocas solo se escapa el vaho, nada más, ni siquiera los latidos que podrían desfallecer en el silencio.

—Crisantemos azules —deduce Imrit.

Porque es bien sabido que el Ksenitsa, desde tiempos remotos, ayuda a las personas que lo necesitan a salir del país. A exiliarse. Ya fuera por las leyes más intransigentes de la dinastía Yaromir o por el desgobierno que los Clanes han instaurado en Magva.

—No hay crisantemos en el tren —dice Thona.

—Mientes.

La única que se mueve es Echo, negando una vez, porque hoy es un día que no soporta. Hoy en sus ojos verdes se refleja la verdad como si alguien la dibujara entre sus vetas más oscuras. Hay personas escondidas en el tren desde que han partido del Sector 13. Personas que han conspirado contra los Clanes. Personas que no han pagado los desorbitados impuestos. Personas que formaban parte de alguna de esas facciones y han desertado.

—Mentís.

Esta vez la afirmación de Imrit viene acompañada de una mirada más allá del Ksenitsa, estática en un punto hacia el que todos se giran: los quince exiliados están huyendo. Quizás inseguros por el sector en el que se han detenido demasiado tiempo, quizá porque no es fácil vivir con miedo.

Y Echo de Trece, desobediente e imprudente, se cuelga la escopeta en el hombro y echa a correr sin que nadie pueda impedirlo. Solo escucha el bombardeo arrítmico de su pulso contra los oídos. La respiración se le cristaliza en la garganta por el esfuerzo y el helor. Las botas se le hunden profundamente en la nieve, pero no desiste. No mira atrás. No piensa en que ha dejado su espalda desprotegida, ni que ha reaccionado de una manera que tal vez Imrit y sus Ruinas desaprueben.

Debe salvarlos como sea.

—¡Alto!

Desciende a los raíles, esquivo el acople entre dos vagones y continúa. Al otro lado de las vías, no hay nada más que terreno nevado y, muy al fondo, la silueta difusa de los Montes Gorlavat. Están completamente al descubierto. Y ella es más rápida que los pasajeros, pero le llevan demasiada ventaja. Da igual cuánto les grite, tampoco le hacen caso.

Temen y no es su culpa.

No es su culpa que el terror los asesine.

—¡Esper...!

Varios disparos atraviesan los cuerpos, certeros en las cabezas y en los pechos. Se derrumban en la nieve, de pronto, carmesí. Uno de los exiliados se arrastra y Echo reemprende la carrera hacia él: esa vida sigue teniendo el valor de quince. Sin embargo, un último disparo atronador lo remata y ella frena en seco.

Magva solía ser un país silencioso porque es todo bosque y hielo. Ya no.

Echo tiene la ropa empapada por la nieve derretida y las lágrimas paralizadas sobre las mejillas encendidas. Los pasos de Imrit crujen hasta que se coloca junto a ella. La líder de las Ruinas es una criatura que ha desgarrado la seda de su alma y la ha llenado con los huesos de sus víctimas. La pistola que sujeta aún humea.

—Hoy me he levantado con hambre. Menudo banquete me habéis dispuesto, Trece.

—¿Qué... has hecho?

—Cobrarle el precio por llenar el depósito de vuestro parásito. De nada.

—Teníamos los grivlos.

—Qué es el dinero si me ofreces la diversión de la sangre.

Los Clanes no soportan las acciones encubiertas del Ksenitsa. Siempre hacen lo imposible por truncar cada viaje, aunque nunca del todo porque necesitan que el pueblo sobreviva a pedazos. Necesitan que quede alguien a quien oprimir cuando uno de todos ellos consiga alzarse con el máximo poder.